

¿Panamericanismo...?

Después de la Doctrina Católica, en materia religiosa, no existe, en cuestiones políticas, otra más conocida, ni tampoco más temida en Europa y América Latina que la denominada «Monroe», la cual ha sido recientemente reconocida en Ginebra «como uno de los muchos entendimientos regionales destinados al sostenimiento de la Paz universal», y que constituye para el Dr. Tomás Márquez, «una promesa espontánea y abnegadísima, nunca agradecida ni correspondida por las Repúblicas cuya soberanía se garantiza con ella», según su propia expresión.

Desde que Mr. Monroe se convirtió en fetiche del pueblo anglosajón compilando y haciendo revivir mensajes de sus antecesores, inspirados en la más exagerada nacionalidad, en el imperialismo más colapado, aunque no toda la política exterior de sus prosélitos ha girado en torno de lo que se ha convenido en llamar Doctrina Monroe, la favorita invocación de ésta ha servido al gobierno americano para pretender justificar sus constantes atentados de lesa moral internacional.

Asegurada su independencia de la Metrópoli inglesa, apareció en el mundo independiente la nación americana, como una que muy en breve desafiaría a las demás por la actividad sorprendente de su industria y su comercio y por la astucia en sus relaciones políticas. Despreciando el escándalo sentido por los demás gobiernos, al desconocer toda noción de derecho, sentó con parsimoniosa cautela el principio irremplazable del utilitarismo político en sus relaciones con los demás pueblos. Y mientras esto sucedía, parece que las mismas leyes del evolucionismo spenceriano se hubieran convenido para concentrar la mayoría de sus fuerzas en esa vasta extensión de territorio, y que en tal maravillosa obra casi instantánea de progreso nacional, hubieran tomado parte los brazos de gigantes mitológicos como Teseo y Hércules, quienes con poder sobrehumano, dicese crearon y mantuvieron la energía y la pomposa civilización de la patria de Pericles.

Ya firme y solidarizada la nacionalidad norteamericana, se dejó destacar como una consecuencia muy natural de su purificado desenvolvimiento, el elemento *fuerza*; pero la diplomacia de sus grandes hombres se sirvió de ella, no para usurpar directamente, emprendiendo arriesgadas cruzadas o peñosas conquistas, como antaño lo hicieran San Luis de Francia, Colón o Bonaparte, sino para respaldar en tal elemento todas sus actitudes y para que les sirviera de valla infranqueable contra todas las protestas que motivaran sus presentes y futuras violaciones. Desde un principio evitaron la pérdida de un átomo de fuerza y han tenido la mágica habilidad de vencer violentamente sin gastar un cartucho de sus parques; bástales sólo infundir temor para declararse y estar vencedores.

Temerosos de que su poderío se detuviese en sus fronteras y no pudiendo resistir la sedienta avaricia de acaparar riquezas, deslumbraron e hipnotizaron a las naciones de Europa con una doctrina que, a decir de un ilustre mejicano, justamente resentido de su vecino del norte, «tiene todas las apariencias y la realidad de un tabú, es decir, de una prohibición esencialmente mágica, con sanciones del mismo orden». La Europa entera como un grupo de espectadores que asiste por vez primera a las funciones de un prestidigitador, y que duda, vacila y a ratos cree, siempre en atenta actitud, ignorando la causa de esas transformaciones y cambios imperceptibles, no dió crédito al conjunto de juegos malabares, ni supo comprender la trascendencia que en breve iría a tener. No tardó en llegar la era de las conminaciones

que prohibían y prohíben toda intromisión de Europa en América, y fueron en ese entonces tácitamente aceptadas por aquélla, con la resignada sumisión con que un vasallo recibe la orden expresa de su soberano, sin pretender siquiera una réplica, porque sabe que si al hacerlo no provoca su ira, al menos deja de agradarle.

Atadas las manos de la vieja Europa — y hoy ya se las cortaron — los pueblos de la América Latina evidentemente ningún temor le infundirían al Coloso del Norte. Una magnífica oportunidad — y Norte América de oportunidades ha vivido — vino a darle propicio campo para constituirse nominalmente protector general de nuestras Repúblicas y a ponerlo en una situación excepcional para el logro de sus pretensiones. Emancipadas las Colonias Hispanoamericanas, la Santa Alianza intentó la reconquista. Preséntanse entonces los Estados Unidos a protestar, a formular prohibiciones que habrían de hacerse efectivas aún por medio de la fuerza; y ya con este brote de aparente generosa simpatía, los Pueblos de América se entregan a la organización de sus gobiernos, seguros de que contra un arrebato de su libertad, sublimemente sellada con la sangre de sus hijos heroicos, se volverían las armas de un pueblo invencible.

Sin embargo de esta declaración de proteccionismo en favor de la América Latina, imposible es creer que si la Santa Alianza hubiera entrado a someter, digamos, al Paraguay, los Estados Unidos hubieran hecho el abnegado sacrificio de darle la vuelta a América para repeler por la fuerza a los reconquistadores, ya que « si se hubiera proporcionado una expedición por los Aliados — decía Mr. Webster — contra las provincias más remotas de nosotros, como Chile y Buenos Aires, nuestra inacción estaría justificada, pues la distancia de la escena de los acontecimientos habría aminorado nuestra aprehensión del peligro y con ella los medios para poder desarrollar eficazmente nuestra acción, poniéndonos en el caso de contentarnos con una queja. Pero muy distinto hubiera sido el caso, si un ejército equipado y sostenido por las potencias, hubiera desembarcado en las playas del Golfo de Méjico e iniciado la guerra en nuestra inmediata vecindad. Los sentimientos y la política expresados por la declaración así entendida, estaban por lo tanto en estricta conformidad con nuestros deberes y con nuestros intereses ». Sea este un argumento *ad hóminem* para demostrar que jamás han tenido los *yanquis* un sentimiento de apoyo generoso y desinteresado hacia nosotros; siempre que han prestado algún servicio a los Estados de América en circunstancias apurantes, han ido en pos de una mejor posición para sí mismos, volviendo peor la condición del estado que se cree protegido, quien si no pierde por ello su propia autonomía, condénase a vivir económicamente como el supuesto protector quiera que viva.

Tomando asidero en la remota posibilidad de una reconquista extranjera, reservándose la supremacía política que les correspondía en el hemisferio de la libertad « por ser los defensores de los Pueblos débiles » (Jefferson), convirtiéndose *motu proprio* en protectores y « no aspirando a apropiarse ninguna porción de estas Colonias » (Mr. Canning) se dieron a la tarea de desbaratar estados, apartando para ellos aquéllo que más pingües frutos produjese.

Hablaban también los directores de la astucia americana de una fraternización cordial entre los pueblos de América, dizque para coaligarnos en un sistema político propio y diferente del de Europa « cuyas relaciones con nosotros no tienen razón de existir, y antes serán perjudiciales — decía Jefferson — por empeñarse ésta en ser el asiento del despotismo ». Y agregaba: « No está lejano el día en que formalmente pidamos el trazo de un meridiano a lo largo del Atlántico, que separe los dos hemisferios, de tal

suerte que más acá no se oirán disparos de cañones europeos, y más allá no se oirán disparos de cañones americanos. Entonces mientras se agite Europa con sus eternas guerras, acá vivirán uno al lado de otro y pacíficamente el león y el cordero». «Esta concepción históricamente absurda — dice el mejicano Carlos Pereyra — estaba destinada a ser desmentida por los acontecimientos: El sistema constitucional acomodado a las exigencias del capitalismo, tomó en Europa un desenvolvimiento rápido que no alcanzaron las instituciones políticas norteamericanas, condenadas por el atraso económico de los plantadores del sur que formaban la casta dominante en la política de los Estados Unidos». Esto se dice en cuanto se refiere al continente que Jefferson llamó asiento del despotismo; pues en lo que se refiere al señuelo de la pretendida fraternización, es la Historia más elocuente aún; y nos dice cómo el gobierno del Norte voluntariamente aplazó el viaje de los delegados *yanquis* a la primera conferencia panamericana que el genio de Bolívar convocó y reunió en la ciudad del Istmo en junio de 1826. Tales delegados llegaron ya clausuradas las sesiones, estando a menor y más fácil distancia que otros muchos, y regresaron a su patria llevando datos, croquis y planos geológicos y geográficos de la zona por donde debería trazarse más tarde el Canal de Panamá. Esta era la única misión oficial que traían y a que en realidad venían.

No se preocupó, pues, el gobierno americano en tomar participación en esta proyectada alianza y, esquivándola maliciosamente, comenzó a esbozarse a la sombra la tendencia hacia un campo de operaciones y de ensanches sin el embarazo de ningún compromiso, ya no sólo con Europa, pero ni tampoco con las naciones americanas, sus protegidas, sus contempladas, a las que ficticiamente se las distanció, según el sentir de una conveniencia exclusivamente nacional. Esta actitud vino pronto a convertirse en la siguiente fórmula sintética.... «Los Estados Unidos no tienen porqué formar alianza ofensiva ni defensiva o que negociar acerca de tal alianza con todas o con alguna de las Repúblicas americanas; los Estados Unidos no tienen que ser partes contratantes con ellas o con alguna de ellas, para hacer una declaración común a fin de impedir la intervención de cualesquiera potencias europeas contra la independencia de aquellas Repúblicas, o contra su forma de gobierno, o para organizar alguna unión a fin de impedir la colonización en el continente americano....» Apréciase la subida contradicción de estos párrafos con anteriores declaraciones ya transcritas y medítese un poco acerca de aquella lisonjera doctrina de Mr. Monroe. Bien sabían los Estados Unidos que esta proyectada asamblea ningún provecho particular les aportaría, antes había la remotísima posibilidad de un gravamen; por eso sintieron decepción, miraron con malos ojos la unión hispanoamericana, y demasiado celosos creyeron que nuestras débiles repúblicas recién nacidas a la libertad, en virtud de sus comunes vínculos de raza, religión, lengua y precedentes históricos, se adelantaban a formar una verdadera fraternización, que no se ha formado por desgracia, pero que es la única que tiene posibilidades de vida en este continente.

En su sed de propio perfeccionamiento — natural egoísmo en todo pueblo, sin el cual retrocede, pero que debe contenerse frente al derecho de los otros — ha llegado Norte América a imponer forzosamente su voluntad sobre los pueblos débiles; y tratando de adoptar el principio esencial de la doctrina Monroe, se dió a la tarea de apropiarse lo mejor que ha podido escoger de América. Demasiado celosos por el cumplimiento de la jurada protección, o por lo que ellos apetecían, la llegada de un buque que izara bandera europea en aguas de este continente, la querella que un panadero francés armara por el no pago de sus pasteles y otras bagatelas más, fueron

suficientes para ocupar definitivamente, invocando un mentiroso proteccionismo, las primeras colonias que usurparon.

Sus previsiones políticas se han realizado, pues, aún contrariando el mito del monroismo; su política de expansión no ha reparado medios, atropellando los países débiles cuando así conviene para el desarrollo material y para el monopolio de su industria y su comercio. Cuando no han podido obtener pacíficamente y por propia voluntad del dueño la adquisición de territorios de importancia, por sus riquezas naturales o por su situación estratégica, han acudido a las compras forzadas, al expediente de revoluciones separatistas, a la violación de los tratados públicos. Así se ha formado el imperio norteamericano, con una hipocresía por nadie igualada; sin soldados ni artillería en ejercicio; sobre la base de una supuesta solidaridad, que es pura farsa; frente a una imaginaria pretensión europea, especie de engañosos para espíritus miopes que necesitan telescopio para observar objetos colocados a dos varas de distancia; así han obtenido territorios, por compra contra la voluntad del vendedor, como la Florida y la Luisiana, Alaska y Filipinas; por ocupación inadmisibles ante el derecho Internacional, como Tejas, California y Nuevo Méjico; por anexión mediante el soborno y el expediente favorito de las revoluciones separatistas, como Cuba, Santo Domingo y las Antillas; por violación de la fé pública legalmente estampada en tratados firmados y ratificados, como el Istmo de Panamá; por intervención en los asuntos internos políticos o privados de un país libre, como el caso aún palpitante de Nicaragua.

La intención, pues, de los Estados Unidos, en todo género de negociaciones, basadas siempre en el más crudo pragmatismo, es explotar directamente, lucrarse, mejorarse a sí mismos, más bien que ayudar a las naciones que han menester apoyo; el leve beneficio que nosotros aportamos de tales contratos leoninos es casual, se debe al sobrante de las explotaciones. Cuando contrariando la doctrina Monroe y el principio de Jefferson, hicieron mero acto de presencia en los cuarteles de reserva durante la guerra mundial, no asumieron esta actitud por temor al imperialismo ni por amor a la libertad, sino por que la derrota de Alemania era ya manifiesta y fácil prever la cuota de indemnización correspondiente a cada uno de los aliados. Temieron las pérdidas y por eso no entraron desde un principio a la catástrofe; ambicionaron ganancias y por eso se alistaron en los reclutamientos ingleses, cuando ya la guerra angustiaba.

Cierto es — y esto por natural y lógica ley del trabajo — que dondequiera que sientan sus reales, surge el florecimiento industrial y comercial, van proyectando como una extensa sombra de progreso; pero no menos evidente es que la provincia, departamento o estado que ocupan pierde su absoluta o relativa autonomía, definitivamente proscribesele el derecho de hacer registrar su propio nombre en el concierto de los pueblos libres, y ya sólo se le mienta como un simple protectorado o un sumiso tributario, que a pesar de producir necesita que le den; pasa a ser pintado en las cartas geográficas con el color convencional que distingue las colonias de los pueblos libres. ¿Demasiado satisfactorio será para un pueblo ver su nombre y su soberanía perdidos, a trueque de vías de comunicación, de empresas y montajes aparatosos para explotar las industrias, sabiendo que nada de lo que tiene le corresponde, porque ni aun ha contribuido a tales obras? No. Satisfacción sólo sienten aquéllos que se han labrado un porvenir lucido merced a su esfuerzo incesante, con el empuje de sus propios brazos, con los bríos de su propia raza. Afortunadamente para nosotros, el actual Ministro de Industrias, espíritu previsivo y eminentemente patriótico, provocó en la pasada legislatura un vigoroso despertar de la conciencia colombiana en lo referente a la defensa del petróleo e hizo convertir al fin su abnegado apa-

sionamiento en mandato imperativo de defensa nacional contra la dorada invasión del petrolerismo, frustrando, sin duda, aviezas pretensiones, pues ya a los mercaderes del líquido oro negro les será muy difícil hacer de esta República, « de acuerdo con su innata y característica tendencia despojadora », una nueva colonia de su reino imperialista que no respeta ni la moral de las almas, ni las riquezas de los pueblos, ni las tradiciones de las razas.

Mr. Charles Hughes, quien a su talante batió la batuta en la Sexta Conferencia Panamericana, en uno de esos momentos en que la diplomacia de toda la América se hace visita y galanteos recíprocos en el « Salón de las Américas », ha dicho con labia halagadora que muchos tomarán por sincera: « Repudio enérgicamente como infundadas las observaciones que ocasionalmente se han hecho, insinuando una aspiración de nuestra parte a dirigir los asuntos de nuestras repúblicas hermanas, a ejercer soberanía sobre ellas, a considerar la expansión de nuestra actividad más allá de nuestro territorio, como un fin de nuestra política, y hacer de nuestra fuerza la medida del derecho en este hemisferio... » y luego al iniciar las estériles discusiones de la Habana, al formular las cuatro columnas inventadas por él para hacerlas sostener el panamericanismo, dice: « Necia idea es creer que Estados Unidos quiera ver las Repúblicas del Continente debilitadas o víctimas del pillaje. No deseamos su territorio, porque tenemos suficientes molestias en casa para buscar responsabilidades por fuera.... ». Pero, aún vibra en el oído del pueblo hispanoamericano el eco que hace un siglo produjeran las palabras de Olney: « Somos los únicos fuertes en un grupo de naciones débiles. Los fuertes viven muy lejos y la distancia nos hace invulnerables »; y en la actualidad, América, con indignación y angustia levanta al mundo sus protestas contra el rapto de Nicaragua, para demostrarle a Mr. Hughes que tales observaciones no sólo se justifican con ésta y otras más declaraciones escapadas de labios de sus colegas, sino que tienen su fundamento en la realidad amargamente cumplida y no en el simple temor fantástico de los pueblos latinos.

Corresponde ya arrancar la significación ideológica y la trascendencia política de esta doctrina, a cuya sombra se han consumado y se consuman crímenes. Cedamos aquí la palabra a los hombres de ciencia:

« ¿Cuál ha de ser la crítica de esta política? — dice el Sr. Suárez en la primera serie de sus « Escritos. » — ¿En qué criterio se inspira el sistema de los Estados Unidos? Los principios que dirigen a la Gran República son los de la sana moral, del derecho y la justicia, o merecen el nombre de utilitarismo práctico y política neo-romana? Cuando los Estados Unidos señalan la anexión de Tejas y demás territorios mejicanos como efecto del libre querer de los pueblos; cuando afirman que Cuba debe pertenecerles porque está cerca de sus costas y es fértil y tiene buenos puertos y domina el Golfo de Méjico y está al frente de las bocas del Missisipí; cuando dicen todo eso, proclaman un derecho o profieren una pretensión injusta?... Resuelvan estas cuestiones los moralistas y los jurisperitos ».

Por su parte, el internacionalista mejicano, Carlos Pereyra, se expresa en estos términos vibrantes que entrañan justa protesta contra un imperialismo absorbente: ... « La doctrina de Monroe es una realidad flamante; un mito que sirve de envoltura a este hecho natural: las ambiciones de un pueblo fuerte que pretende su hegemonía sobre un grupo de pueblos débiles, dando a tal dominación las apariencias hipócritas del desinterés y de la benevolencia.... En el siglo de vida independiente que cuentan las naciones de América, no deben a los Estados Unidos ni protección ni fomento para sus adelantos.... Las grandes naciones del Sur se han desarrollado, y ante todo, han vivido, por esfuerzos propios y por la influencia europea. Las que aún

están en período de formación tienden la vista hacia Europa en busca de elementos de progreso.... Méjico, por ejemplo, si algo le debe a los Estados Unidos, es la segregación de una gran parte de su territorio y los estímulos a la barbarie que han inundado de sangre la porción no conquistada. Esta sangre no se habría vertido sin el influjo funesto que ha sido su maldición». Colombia — agregamos nosotros — si algo tiene que agradecer a los Estados Unidos, es el desintegro de su territorio y la alteración de su escudo, más el temor en que vive porque no continúe la usurpación por las regiones donde abundan el platino y el petróleo. Y más adelante, al analizar el capítulo titulado « Camino de la impostura », continúa así el autor citado: « El monroísmo no es una doctrina ni la definición de una política: es la historia sin grandeza de un pueblo que ha llegado a ser colosal sin haber conocido ninguna epopeya. Las patrias no se forman ni en el mercado donde se compra una Luisiana o una Florida, ni en los *raids* navales de Buena Vista y de Santiago. Las patrias, las grandes, las que cumplen una misión civilizadora, se engrandecen o sucumben poniéndose a prueba en los grandes días de Jemmapes, de Waterloo, de Jena, de Sedán, de Puerto Arturo. Mientras no llega para ellas uno de esos momentos sublimes, no serán sino asociaciones mercenarias con el evangelio de la paz, como un efecto de esa aterrorizadora pesadilla que inspira el apostolado mezquino de Carnegie, pero que no ha turbado jamás el sueño tranquilo de Bismarck.... La impostura monroísta no es obra de guerreros, ni de videntes. La han fabricado, pieza a pieza, algunos políticos torpes, y los políticos hábiles o torpes, rebajan todo a su propio nivel. Es el caso de decir con Sorel: « Estamos muy lejos del camino de lo sublime: nos encontramos en el que conduce a las prácticas político - criminales ».

Luis Escalante, en reciente artículo, escrito para « La Nueva Democracia », al manifestar la evidente verdad de que la Sexta Conferencia Internacional fué una farsa, dice: « Las palabras de paz y confianza de que los Estados Unidos se muestran garantes, como nación dirigente en los destinos de Hispanoamérica, no es la paz romana de otros tiempos, sino la paz impuesta por el talón de Aquiles en los países intervenidos ».... « Los Estados Unidos, envanecidos de su pasmosa prosperidad, se olvidan de todo y su irrespeto llega a tal punto de no considerarse satisfechos si no aplastan. »

De 1889 a hoy seis conferencias panamericanas, con ensalzados programas, rebozantes de justicia recíproca y de fraternidad entre los pueblos de este continente, se han verificado, sin que los principios en ellas aprobados hayan puesto la más leve cortapisa a los atropellos y pillajes de un pueblo fuerte. Luchar por la expedición de un Código de Derecho Internacional es pura literatura y simple labor de imprenta; la utilidad de este documento será utópica cuando se aplique a la solución de los conflictos internacionales con un gobierno que se ríe de los Tratados Públicos al otro día de firmarlos; que no reconoce vínculos jurídicos procedentes de los compromisos contraídos; que no teme la censura de los estados justos, que no acepta más ley que la del propio utilitarismo. Nada hay que esperar de las futuras conferencias panamericanas o *panimperialistas* como acertadamente las llama Vasconcelos, porque la mayoría de los delegados de nuestras Repúblicas más se preocupan por contemporizar con los Estados Unidos que con los demás pueblos de su raza; disfrazados con el sambenito de la hipocrisia, y faltos de franqueza muy lejos han estado de representar la conciencia universal de Hispanoamérica. Incumbiendo a la Convención de la Habana abordar el tema político del reconocimiento expreso de la igualdad de los estados ante la ley internacional y el nó intervencionismo, la delegación mejicana, quizás previamente sobornada por la diplomacia *yanqui* temerosa de

venderse en una discusión pública, sorprendió a sus colegas al desterrar del debate el magno problema del imperialismo en las naciones del Centro; ayunos de amor fraterno e imprevisivo, el peruano Maúrtua sostiene a capa y espada la azarosa teoría del intervencionismo, y todos por tácito convenio y como obedeciendo a una especial consigna, lisonjeados por una tranquilizadora y amable literatura, olvidanse de que representan una humillada especie de la raza, se amordazan la lengua y aplauden con fingido entusiasmo para no oír el ruido de los cascos de los marinos yanquis, ni los gritos imperativos de la conciencia que les exige hagan cesar el inicuo y cobarde bombardeo contra el Sublime Bandido de la tierra nicaragüense, héroe en quien sí se refleja la conciencia de la América Hispana, que abandonado a sus propias fuerzas sabe combatir con las armas de la estrategia y reivindicar las perdidas riquezas antes en manos de un pueblo usurpador que usa, goza y abusa de lo ajeno.

Qué deben hacer, pues, los Pueblos Hispanoamericanos frente al pueblo del Norte que es — según la expresión de Gabriela Mistral — « Voluntad y Energía en su más ardiente rojez »? Sin duda alguna, polarizar nuestras nacientes actividades hacia una política netamente hispanoamericana, en fárfara aún, pero que principia a esbozarse ya al calor de las pampas argentinas; seguir el consejo autorizado de Angel Ganivet, creando una « unión familiar de los pueblos hispánicos », o el idearium político de López de Mesa, « estableciendo un ideal de raza, enseñando al pueblo que tiene una misión histórica que cumplir; que cada acto de su vida tiene que armonizarse con otros actos hacia algo superior; que el ciudadano pertenece a un pueblo histórico y no a un rebaño que pastorea al azar; que cada pueblo realmente histórico está formando día por día la conciencia humana universal...»

Preciso es, pues, la formación de una especie de Sociedad Internacional Hispanoamericana, mediante en intercambio espiritual constante, mediante el cruce de relaciones, la mutua ayuda, la fusión a que estamos llamados, no sólo por la igualdad de raza, religión, lengua, costumbres y común peligro, sino también por el estado embrionario de nuestro desarrollo, que exige el contacto, el calor de la fraternización hispanoamericana para evolucionar mejor y más aprisa. Necesitamos establecer formalmente estos intercambios e intensificarlos; es preciso que satisfagamos la necesidad de comunicar nuestras ideas y nuestras voluntades; que nos entendamos, no como hasta ahora se ha hecho, gobierno con gobierno, sino pueblo con pueblo. Mas indudablemente que para ello habrá que esperar el trascurso de algún tiempo, quizás largo, cuando el desarrollo económico e industrial se desenvuelva soquizás largo, cuando el desarrollo económico e industrial se desenvuelva soquizás largo, cuando el desarrollo económico e industrial se desenvuelva so-

bre sí mismo en las dos Américas Latinas y los medios de intercomunicación material se extiendan, se ensanchen, se conecten entre sí.

En Política y Economía, lo mismo que en el equilibrio de las fuerzas y en los cuerpos, hay que agrupar los más pequeños en un solo lado, para que el ángulo que marque el fiel de la estabilidad sea lo menor posible.

Armonizándose las pequeñas Repúblicas entre sí, vinculándose mediante un constante flujo y reflujo de ideas, de industria y de comercio, llegarán a armonizarse todas juntas dentro de la gran Unión panamericana, como cabe y se armoniza la parte en el todo. Para lograr ser elemento visible de ese Panamericanismo que hemos ansiado y que tenemos el propósito de cumplir, antes debemos prepararnos para entrar en él, fundiéndonos los hispanoamericanos los unos con los otros a fin de que tengamos un valor efectivo y un peso real en esa grande unión de aspiraciones.

Destinado a permanecer para siempre en el mundo de la mera ideología, por atrevido, por peligroso, por imposible, es el concepto por algunos emitido de que debe haber un hispanoamericanismo rígidamente formado

contra la raza anglosajona. Aquél debe existir sí como entidad propia y genuina de nuestra índole técnica; pero no debe exagerarse convirtiéndolo en un elemento de oposición frente al angloamericanismo.

Si los Estados Unidos tiene un capital fabulosamente acumulado, si su poder en todos sus órdenes de actividad por nadie es superado, si a pesar de sus malos ejemplos también los da de virilidad, de laboriosidad fabril incansante y progresiva, no debemos rehuír sus relaciones, antes, debemos cultivarlas; pero, por la experiencia ajena y propia y por aquel conocido refrán popular « en boca del mentiroso la verdad se hace dudosa », debemos ser demasiado prudentes y reflexivos en las relaciones económicas y financieras, garantizando en todo caso nuestros derechos colectivos, la integridad y la soberanía de la República.

La prudencia conque sostengamos tales relaciones y el espíritu previsor que agucemos en semejantes casos, no contradicen una amistad caballerosa hacia el Gran Pueblo, cuyos políticos se preocupan hoy por poner en práctica los catorce puntos propuestos por Mr. William Shepherd, como fundamentos de su emblemática teoría, *la amistad triangular*, de reciente aparición; fórmula que si lograra realizarse en su más pleno sentido, haría que las naciones americanas recordaran agradecidas a Francisco de Victoria, a Simón Bolívar y sobre todo, a España, la Madre inmortal de su Raza unida.»

Medellín, Julio de 1928.

HERNAN MONTOYA